



PRESENTACIÓN

Manuel Gutiérrez Navas
Director de *Mediterráneo Económico*

De una u otra manera, la ética ha estado siempre presente en las sucesivas entregas de Mediterráneo Económico. Bien sea de forma explícita, o bien como referente en el que se enmarcaba, de forma transversal, el tratamiento de otras muchas cuestiones. Más allá del espíritu divulgativo de nuestra colección y del análisis que se hace en cada volumen de un tema socioeconómico concreto, todos los números se han caracterizado por presentar un cierto afán normativo. Es decir, la mayoría de los autores han participado en el debate sobre la legitimidad del comportamiento de los distintos agentes sociales en cada contexto determinado, y han tratado de sugerir propuestas a la pregunta fundamental de la ética: qué debo hacer. En el ámbito de la actividad productiva, del papel de empresas y empresarios en la economía, de la función de los poderes públicos o de las entidades financieras, por ejemplo. Porque la reflexión intelectual solo tiene sentido cuando aspira a reflejarse mínimamente en la acción, sin quedarse en un mero ejercicio de erudición.

El ejemplo paradigmático de lo anterior es el volumen 18 de nuestra colección, coordinado por Antón Costas: «La crisis de 2008. De la economía a la política y más allá». Más recientemente, el año pasado, en la presentación del número 23, el presidente emérito de Cajamar Caja Rural, Juan del Águila Molina, insistía en que, más allá de la contabilidad y la estadística, de la macroeconomía, el origen de la crisis actual hay que situarlo en una problemática eminentemente social: «En última instancia, la crisis tiene un componente ético fundamental, que hace referencia a conductas, a incentivos y expectativas no necesariamente ‘racionales’, como sostiene buena parte del discurso económico imperante».

Aquella entrega llevaba por título «Para la rehumanización de la economía y la sociedad», y fue coordinada por Rafael Aguilera Klink, uno de los más destacados exponentes en nuestro país de la renovación del paradigma académico de la economía, quien reclama que esta vuelva a centrarse en las necesidades humanas y renuncie a la excesiva formalización y a los referentes del modelo de equilibrio y cálculo racional de la conducta.

Hoy, año y medio después, Mediterráneo Económico vuelca de nuevo su atención sobre la dimensión ética en la sociedad actual, pero ahora desde una perspectiva diferente. En el volumen inmediatamente anterior a este, el número 25, coordinado por Rafael Myro, se proponía un nuevo modelo económico para España, a partir de una reforma estructural de nuestro sistema productivo que garantice su sostenibilidad y su eficacia social por encima incluso de su eficiencia económica. Ese número incluyó un epílogo, firmado por Francisco Ferraro, que de alguna manera anticipaba el contenido y el enfoque de esta publicación dedicada a conjugar la ética con la sociedad civil.

En su escrito, el profesor Ferraro defendía que el futuro de un país se construye a partir de la suma de las cualidades, la ilusión y los esfuerzos cotidianos de sus ciudadanos y sus empresas, pero también depende de la calidad de las instituciones y de las normas formales e informales por las que se rigen. Y de la buena salud de todo lo anterior es directamente responsable, además de las instituciones del Estado, la sociedad civil. La ciudadanía es, en definitiva, el último garante del marco sociopolítico en el que le ha tocado vivir, y ni puede ni debe delegar sus obligaciones en la política o la Administración, a riesgo de que estas acaben pervirtiéndose.

Esa es la idea central de este número 26 que ahora sale de imprenta y ya tienen en sus manos: el rol que está llamado a jugar el conjunto de la ciudadanía en la construcción de una democracia madura y socialmente responsable, que sea capaz de enfrentarse con todo vigor y todo rigor a momentos de crisis como el que padecemos actualmente, pero además que esté preparada y dispuesta para poner en marcha colectivamente los mecanismos que nos ayuden a evitarlos en lo posible en el futuro, exigiendo lo mismo de sus dirigentes, legisladores y burócratas.

Durante los periodos de crisis el malestar de la ciudadanía se hace más visible que nunca. Un descontento que se agrava exponencialmente si a las consecuencias de la mala coyuntura económica se le suma la sospecha, cuando no la plena constancia, de un espacio de corrupción generalizada entre élites políticas y económicas, de estar a merced de unas instituciones públicas fallidas.

En los últimos tiempos son muchos los autores, profesores, políticos, periodistas y expertos de todos los ámbitos y orientaciones que se han sumado a una campaña de regeneración de la vida pública, cuyo hito fundacional, aunque estrictamente anecdótico, podemos situar en el fenómeno del 15-M en 2011. La repercusión mediática y editorial de Luis Garicano, César Molinas o Carlos Taibo son ejemplos, muy diferentes entre sí, de este renovado impulso regeneracionista.

Entre todas estas propuestas se observan diversas variaciones en la música, pero en todos los casos la letra suele ser parecida. Siempre se reclama un renovado protagonismo de la sociedad civil, que o bien ha hecho dejación de su responsabilidad o bien está siendo apartada conscientemente de los ámbitos de decisión por una minoría en el poder.

La historia avanza a veces a la carrera, en los períodos convulsos, y a veces en largos paseos que parecen monótonos. Todo depende del ritmo de los acontecimientos y de la vitalidad de quienes participan en ellos, como apuntó hace ya algunas décadas el historiador Fernand Braudel. Cada momento histórico se ha visto liderado por un sujeto colectivo distinto. En el siglo XIX fue la burguesía, los primeros empresarios, comerciantes y profesionales modernos que socavaron los obstáculos que el Antiguo Régimen ponía al desarrollo de una economía capitalista que se expandía por el mundo. Durante buena parte del siglo XX el obrero fue el centro de la historia, tanto como sujeto activo como pasivo. Y en este siglo XXI, el ciudadano está llamado a asumir el papel principal, como heredero de los derechos políticos individuales conquistados en las revoluciones burguesas del XIX y de los derechos sociales alcanzados en el Estado Social de Derecho por la presión de los movimientos sociales en el siglo XX.



Se trata de una herencia tan valiosa como vulnerable, en todo caso perfectamente reversible, que debe actualizarse cada día y que todavía está lejos de haberse desarrollado en todo su potencial. El mantenimiento de las libertades políticas y la profundización en el bienestar social tienen un contrapeso, que es el de la participación activa de la sociedad civil en la toma de las decisiones colectivas, como nexo entre el Estado y el individuo, lo privado y lo público. La actividad de la sociedad civil se manifiesta en aquello que Jürgen Habermas ha denominado esfera pública, un espacio intangible donde interactúan la ciudadanía y las instituciones, donde se resuelven los conflictos de intereses, se denuncian los abusos del poder y se plantean y se da forma a las nuevas ideas que nos permiten seguir avanzando. En este sentido, la vitalidad de la sociedad civil es una condición tan necesaria para la salud de cualquier democracia como la propia existencia de una sólida estructura político-administrativa.

Para abordar todas estas cuestiones, nos sentimos muy orgullosos por contar con una de las filosofas más importantes e influyentes que tenemos en España, por su pensamiento y su compromiso vital e intelectual con los retos de la sociedad actual, a los que intenta dar respuesta desde mucho antes de que entrara en escena esa nueva moda regeneracionista que ha inundado las televisiones, las radios, los periódicos y las librerías. La profesora Adela Cortina aceptó el reto que le planteamos y, junto a un amplio y heterogéneo equipo de colaboradores, ha dedicado más de 400 páginas a reflexionar sobre el papel que le corresponde a la sociedad civil española ante la relativamente reciente crisis institucional que ha venido a sumarse a la económica. Entre ellos figuran algunos antiguos coordinadores de la colección, como José Luis García Delgado, Juan Velarde o Antón Costas, que amablemente han querido volver a participar en nuestro proyecto editorial.

Para nuestra satisfacción, el pasado 22 de octubre, cuando nos disponíamos a cerrar este volumen para darlo a la imprenta, recibimos la grata noticia de la concesión del Premio Nacional de Ensayo 2014 a Adela Cortina por su obra ¿Para qué sirve realmente la ética? Solo alguien como ella, con su cultura y experiencia profesional, se puede atrever a hacerse una pregunta semejante, y conseguir además que le sea reconocido públicamente su acierto al aplicar el rigor de la filosofía a los interrogantes de la vida actual. Y es que para Adela Cortina la ética sirve «para recuperar el sentido de las cosas» y mostrar el camino para llegar a ser «más justos y felices». Enhorabuena. El verdadero intelectual es un filtro entre el pensamiento y la acción, un trampolín que ofrece respuestas para enfrentarse a problemas reales, una plataforma desde la que tomar impulso y asaltar el futuro. Y Adela Cortina lo es.